

RECOPILACION PERIODISTICA DE LOS ACONTECIMIENTOS

El Comité Editorial ha incluido una recopilación periodística tomada de algunos de los más importantes diarios nacionales, con el fin de ilustrar al lector, en especial a los extranjeros quienes no estuvieron cerca de los acontecimientos, y a aquellos que en un lejano futuro se acerquen al estudio del volcán, sobre el comportamiento humano que su erupción desencadenó.

PRIMERA PARTE:

TRAGEDIA ANUNCIADA

Tomamos aquellos escritos que nos dan una visión retrospectiva sobre las diferentes clases de advertencias que precedieron a la erupción del 13 de noviembre; en ellos se hace evidente el conocimiento que de manera dramáticamente clara antecedió al acontecimiento catastrófico, las consecuencias que podría acarrear y el descuido general con el que se afrontó el riesgo, el que tampoco dejaron de compartir muchos de los habitantes más conscientes de la zona de riesgo.

UN ARTÍCULO PROFÉTICO:

SOS: ¡ EL NORTE DEL TOLIMA EN PELIGRO!

Tomado de "EL TIEMPO" - Noviembre 17, 1987 -

" Hace algunas semanas llegó a la Edición Dominical el siguiente artículo, que vaticina casi que con fecha exacta, la tragedia que se avecinaba, y el cual, por aquello de la imprevisión, la falta de intuición o la ingenua ilusión de que nada sucedería, no fue publicado en su debido momento.

Por Helio Fabio González

El Nevado del Ruiz hace peligrar el Tolima. No obstante hallarse ubicados más cerca de él los departamentos de Caldas y Quindío, será el Tolima el que al final padezca los peores efectos, concretamente por acción del río Lagunilla, de lo cual dan testimonio ciertos antecedentes.

El más lejano conocido, al respecto, fue revelado por Fray Pedro Simón, quien cuenta en sus Noticias Historiales que en marzo de 1595 brotaron del nevado varias columnas de humo "y mucha piedra azufre". Y que el día 12 provenientes del mismo lugar "oyéronse tres truenos sordos, como de bombardeo, tan grandes que se escucharon a más de treinta leguas por toda su circunferencia".

Los ríos Lagunilla y Gualf, según señala el citado cronista,

"debieron de atajarse con la tierra que arrojó la reventazón, y rebalsando algún tiempo sus corrientes, salieron después con tanto ímpetu, ayudadas por ventura de nuevas fuentes que se abrieron en esta ocasión (...) y el color del agua que traían más parecía masa de ceniza y tierra, con tal pestilencial olor de piedra azufre que no se podía tolerar muy lejos. Abrazaba la tierra por donde se extendía el agua y no quedó en ninguno de los dos ríos que no muriese. Fué más notable esta corriente en el Lagunilla, cuya furia fue tal, que desde donde desemboca por entre dos sierras para salir al llano, arrojó por media legua muchos peñascos cuadrados, en que se echa de ver su furia más que si fueran redondos, y entre ellos uno mayor que un cuarto de casa. Ensanchóse por la sabana más de media legua de distancia de una parte y otra, y anegando la inundación el ganado vacuno que pudo antecoger en cuatro o cinco leguas que fue así extendido hasta entrar en el de la Magdalena".

Dos siglos y medio después (a mediados de febrero de 1845) otra vez el Lagunilla inundó la región. Suceso descrito por el científico Ramón Guerra Azuola en la revista "El Repertorio Colombiano" (marzo de 1882).

Anota don Ramón que el río estaba "crecido por los deshielos del páramo", y que de la cordillera provino "un ruido como de gruesa artillería". Después, las aguas, "estancadas por el derumbamiento de un cerro", deshiciéronse de los obstáculos y anegaron el llano. Familias enteras perecieron, amén de que "cerca de doce leguas cuadradas quedaron cubiertas por el barro, convirtiéndose ese terreno en una especie

de playa interminable".

No más dilaciones

Los desbordamientos del Lagunilla ocurren periódicamente. Así lo confirmaron excavaciones realizadas a mediados del siglo XIX, que permitieron -según refiere Guerra Azuola- descubrir "los rastros de tres inundaciones que pudieron calificarse de periódicas y progresivas. Periódicas, porque las capas de tierra vegetal que alternaban con la de despojos de la cordillera arrastrados por las aguas tenían igual espesor, lo cual hace conjeturar que después de cada cataclismo ha debido pasar un número de años aproximadamente igual entre uno y otro derrumbamiento. Progresivas, porque las capas de terreno sobrepuestas eran mayores a medida que se acercaban a la superficie, lo cual es una prueba de que el estrago sufrido por la cordillera ha sido cada vez más grande, y por consiguiente, las materias arrastradas más abundantes".

Con base en los anteriores datos de Fray Pedro Simón y Ramón Guerra Azuola, parece que los fenómenos aquí descritos se repiten con una periodicidad alternante de 140 años y 9 meses, y 110 años y 2 meses. Los referidos por Simón acaecieron a mediados de marzo de 1595. Los siguientes debieron ocurrir en diciembre de 1735, y en febrero de 1845 sucedieron los anotados por Guerra Azuola.

El próximo desbordamiento (si fallan las medidas preventivas - aún no iniciadas -) sobrevendrá hacia mediados de noviembre del presente año. Ya se han observado los signos característicos: humo

del cráter "Arenas". Lluvia de cenizas y de gases. Contaminación de aguas y cultivos. Olores nauseabundos. Derumbes sobre el río Lagunilla. Estruendo originado en el volcán el 11 de septiembre. Deshielo progresivo del nevado...

En consecuencia, ya es hora de actuar. No más pérdida de tiempo en recriminaciones regionales. No más anuncios de paros cívicos. No más proyectos a largo plazo (para finales de octubre - quizás demasiado tarde -, se espera "un balance técnico científico" a fin de "poder establecer planes de acción preventiva").

Lo prudente y necesario sería declarar en emergencia aquella zona del norte del Tolima (especialmente Armero), y que, si no es posible evitar el desbordamiento del Lagunilla, por lo menos se planifique y se proceda de inmediato a la evacuación humana de esos alrededores hoy tan amenazados por la catástrofe. "

DIARIO EL TIEMPO, 18 DE NOVIEMBRE DE 1985 - PÁG. 5A .

APOCALIPSIS ANUNCIADO

POR: DANIEL SAMPER PIZANO

" La última catástrofe anunciada, predicha, presagiada, avisada y notificada ha sido la del volcán del Rufz. Funcionarios del Servicio Geológico Norteamericano lo venían advirtiéndolo desde hace seis meses. Algunos especialistas que tienen columnas o espacios de televisión, como Max Enríquez, también hicieron sonar la alarma.

El 21 de septiembre un enviado de EL TIEMPO escribió impresionante crónica profética sobre lo que podría suceder. Fechada en el propio Armero, la nota del redactor Carlos Eduardo Osorio revelaba la amenaza del río Lagunilla, cuyas aguas fueron represadas hace exactamente un año por desprendimientos de piedras que eran producto de las primeras actividades volcánicas. "Según el comité de emergencia - decía la crónica - se debe adoptar un plan inmediato de prevención, dado que la presa explotará por erosión o por movimiento sísmico, deshielo del Rufz (agrego énfasis), socavación del embalse y desquiciamiento de corrientes inferiores". Superar la emergencia costaba solo 11 millones de pesos. Allí mismo se citaban palabras del alcalde, hoy difunto, sobre la colisión de competencias municipales en torno a la represa natural: "El problema pertenece al Líbano, pero los muertos los pone Armero".

Como si fuera poco, el parlamentario caldense Hernando Arango Monedero promovió un debate en el Capitolio el 24 de septiembre pasado durante el cual intentó alertar al país sobre el grave riesgo que corrían las poblaciones vecinas al nevado. Arango calculó la magnitud del deshielo, pronosticó el desborde de los ríos y planteó la fatal hipótesis de una ebullición en el cráter Arenas. El congresista tuvo, incluso, algunas palabras duras pero dolorosamente evidentes sobre el Comité Nacional de Emergencia, al que acusó de "recoger las lágrimas de los sobrevivientes" pero mostrarse inactivo en cuanto a planes de salvamento y previsión de desastres.

Por su parte, los habitantes de Armero hicieron todo lo posible para que los escucharan. Tenían organizado un paro cívico que debía cumplirse durante la primera semana de octubre. Buscaban con ello atraer la atención del gobierno para que se pusiera remedio al peligroso represamiento del río. Finalmente las autoridades lograron desactivar el paro; pero no lograron desactivar el volcán. Hoy, esos ciudadanos a los cuales se les pidió silencio y calma, ya están silenciosos para siempre.

Cuando termine la emergencia, será inevitable hacer un enjuiciamiento sereno pero severo a las autoridades que, pudiendo evitar la más grande tragedia en la historia del país, permitieron que se cumplieran las más apocalípticas profecías. "

TOMADO DE EL ESPECTADOR: NOVIEMBRE, 1985.

LIBRETA DE APUNTES

POR GUILLERMO CANO.

AYER, LOS HOMBRES...HOY, LA NATURALEZA...

" Ocho días después que la violencia demencial de la subversión provocara el torrendo holocausto en el Palacio de Justicia la naturaleza ensaña con Colombia al entrar en actividad violenta el cráter Arenas del hasta entonces volcán dormido del Ruiz. Miles de personas perdieron sus vidas. Miles de damnificados quedaron en la ruina, arrasadas sus viviendas, destruidos sus cultivos, perdidos sus bienes materiales. Una catástrofe espantosa otra vez cubrió de luto a la República, en este noviembre de 1985.

Hace unos meses escribimos en esta misma columna que deberíamos dar gracias a la Providencia porque el volcán nevado hubiera lanzado con anticipación señales inequívocas de que en sus entrañas se estaba incubando una violenta erupción próxima. Eso nos daba tiempo, decíamos, para mantenernos en estado de alerta ante la posibilidad de una tragedia y que podríamos, si no bajábamos la guardia y se tomaban medidas adecuadas, preservar las vidas humanas.

Nuestro colaborador Max Henríquez escribió un excelente artículo a este respecto advirtiéndolo los riesgos ciertos de que el volcán estallara y se produjeran deshielos que provocaran la avenida

devastadora de los ríos, con tal violencia y tanta fuerza que las gentes ribereñas y de poblaciones del Tolima y de Caldas podrían correr graves riesgos. Se dijo, entonces, por gentes pacatas, que ese artículo científico era alarmista, que causaba pánico económico en Caldas y en el Tolima. La hipersensibilidad de ciertas clases dirigentes, que suelen temer a la verdad, hizo blanco de ataques y de injurias al articulista científico y a este periódico por sus advertencias responsables y objetivas.

Hoy ha ocurrido la hecatombe: Armero, casi totalmente destruida. Pueblos y caseríos arrasados. Innumerables víctimas sepultadas bajo el lodo y bajo las piedras de los ríos en creciente incontrolable. ¡ Qué diferente podría haber sido la situación si en vez de rasgarse las vestiduras por el pánico económico que las clases dirigentes creían descubrir en las noticias y comentarios técnicos y científicos de los periódicos, como el nuestro, éstas se hubieran apersonado de la organización eficaz de las medidas preventivas que si bien tomaron algunas entidades como la Defensa Civil y la Cruz Roja, fueron insuficientes porque se obró con miopía, con interés mezquino, mirando a los intereses económicos antes que a las voces de alerta que advirtieron la magnitud de la devastación que podría ocurrir si el volcán nevado hacía erupción.

No es hora, sin embargo, para lamentaciones tardías. Es hora de enfrentar una catástrofe terrible que nos afecta en un tan corto intervalo del tiempo, es la hora del sacrificio y de la solidaridad y de la ayuda. La hora de la reconstrucción, la de la justicia inmo-

lada, la de las regiones devastadas. ¡ Cómo nos está doliendo de
duro nuestra Colombia, castigada de manera tan implacable por los
hombres ayer y hoy por la naturaleza! "

SEGUNDA PARTE:

" LA MUERTE SE NOS VINO ENCIMA: ERA NEGRA Y HÚMEDA
..... TAMBIÉN OLIA A AZUFRE "

Los dramáticos relatos recogidos por periodistas y fotógrafos son suficientes para impresionar por siempre la memoria. Hemos incluido variedad de ellos, los que nos permiten comprender el mecanismo de "remolino" o "licuadora" al que fueron sometidos los cuerpos de los habitantes. Por casualidades muchas veces inexplicables, algunos cientos lograron salvarse del lodo y los escombros. Los otros murieron. También hubo algunos que optaron por la muerte.

La violencia de la explosión no sólo se padeció en la tierra: algunas aeronaves estuvieron a punto de quedar envueltas en las cenizas ígneas expulsadas hacia las alturas.

TOMADO DE EL ESPECTADOR,

HACIA UN EXTRAÑO CALOR

POR JORGE MANRIQUE
(ENVIADO ESPECIAL)

" Las primeras cenizas cayeron por la tarde. En la tranquila población de Armero, el párroco Manuel Quiroga invitó a los feligreses a refugiarse temprano en sus casas, luego de haberlos reunido en el templo principal. Hacía ya dos meses que se presentía el peligro de una erupción en el Nevado del Ruiz, y la tormenta de aquellas partículas grises - que aparecieron a eso de las seis - sirvió para reafirmar las palabras del sacerdote. Los fieles, entonces, se retiraron a sus casas al atardecer, a pesar de que hacía "un extraño calor", según declaró un testigo.

La señora de Benítez, en efecto, que ayer llegó a la localidad de Lérída - a unos 10 kilómetros de distancia - con su pequeña hija sobreviviente, recuerda que la temperatura, antes de las diez de la noche, poseía de verdad un matiz insólito. "Era como cuando amaga que va a llover", declaró. También había una lluvia de arena, que hacía arder los ojos, y un diabólico y penetrante olor a azufre.

Exactamente a las 10:12 p.m., de acuerdo con el relato de un piloto que volaba a 26.000 pies de altura sobre el Nevado, el volcán bramó. Una llamarada roja, acompañada de millones de lenguas de fuego, se alzó sobre el cráter "Arenas". Después de 390 años de inacti-

vidad, el volcán volvió a ser ese monstruo de otro tiempo, capaz de causar, como lo hizo en la noche del miércoles pasado, algo más de veinte mil muertos.

La erupción del volcán, anunciada por avisos premonitorios con dos meses de anticipación, sorprendió sin embargo a los habitantes por donde menos lo esperaban bajando sinuosamente por la montaña, como suele ocurrir en las películas de volcanes. Por el contrario, el intenso calor derritió las gruesas capas de hielo del Nevado del Ruiz, y ello provocó un descomunal aluvión en dos de los ríos que nacen en la falda del nevado: el río Lagunillas y el río Claro.

El primero de los dos ríos, cuyo caudal se multiplicó muchísimas veces, arrastró en su alocada carrera toneladas de lodo, árboles, casas, reses y piedras. La enorme y deformada masa descendió por el cauce, y desembocó con todo su vigor en la localidad de Armero - la segunda población del Tolima -, cuyos habitantes atónitos, apenas alcanzaron a refugiarse en tres lomas que circundan el cementerio. Uno de estos habitantes era la señora Benítez, que apenas describe así aquel apocalíptico momento: "Todo el mundo corría - dice - hacia el lado del cementerio para poder llegar a las lomas. Allí llegamos a las once de la noche, y vimos cómo Armero se hundía bajo aquel torrente de lodo. No quedó nada: sólo el cementerio".

El otro río, el río Claro, descendió con el torrente agigantado por las masas de hielo derretidas, acaso con la misma violencia con que lo había hecho el río Lagunillas. Su destino final fué la población de Chinchiná, situada en el departamento de Caldas, y allí la

fuerza irrefragable arrasó a tres barrios enteros con todos sus habitantes adentro. También se llevó por delante las instalaciones del Servicio Nacional de Investigación del Café, aunque las bodegas resistieron el embate de la tormenta. Pero el torrente tenía sin embargo tanta fuerza, que arrancó de cuajo a doce tractomulas repletas de café y se las llevó, para siempre, hacia sus entrañas.

Ayer fueron innumerables y dramáticos los testimonios de los sobrevivientes de la tragedia. Los desaparecidos, en Chinchiná, fueron declarados como "incontables". Por ahora no se podrá saber cuántos ni quiénes vivían en la margen del río Claro, que apenas hoy es una masa de lodo y restos sin vida.

ARMERO HA DESAPARECIDO

En la madrugada, las emisoras radiales dieron la noticia: "Armero ha desaparecido", declaró tristemente el piloto Fernando Rivera, luego de haber sobrevolado la zona del desastre en su pequeña avioneta de fumigación. La movilización de la Cruz Roja, entonces, fue inmediata. El doctor Ramiro Lozano, presidente de la seccional del Tolima, fue uno de los primeros socorristas que llegó a esa agónica población en que quedó convertida Armero, y cuyos sobrevivientes amanecieron refugiados en las lomas del cementerio.

"Armero es una isla en medio de un mar de lodo", clamó el doctor Lozano, en una conversación que sostuvo, a través del circuito de los radioaficionados, con el secretario general de la Presidencia, doctor Victor G. Ricardo.

El primer balance señalaba en 20.000 el número de los muertos en Armero. Allí, las cosas habían cambiado literalmente de lugar. Todo estaba amasado en barro, a medio sepultar, y ni siquiera se veía la punta de la iglesia. Armero había sido borrado del mapa.

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO, VIERNES 15 DE NOVIEMBRE, 1985.

MIENTRAS AGONIZAN...

POR GERMÁN SANTAMARÍA
(ENVIADO ESPECIAL)

ARMERO.- En los techos de las aproximadamente cien casas que quedaron de pie aquí, las gentes agitaban sábanas y ropas y piden auxilio. En las escarpadas colinas del sector del cementerio, unas 200 personas también le hacen señales a los helicópteros.

En una casita de techo rojo que quedó intacta en medio del lodazal una anciana y dos niños están bloqueados y agitan las manos cuando observan el helicóptero.

Por un muro que quedó en pie y que da a la terraza del hospital avanza una romería de gentes desnudas, sosteniéndose para no caer. Algunos pierden el equilibrio y caen y el lodazal, que, como la arena movediza, se los traga del todo o los aprisiona hasta la garganta.

En un colchón de cama doble, que flota en la pequeña laguna que quedó en el lodazal gigantesco, un hombre y un niño, ambos desnudos, hacen señales.

Estos y centenares de personas más quedaron atrapados en los escombros de Armero, sitiados en pequeñas islas, desnudos todos, empapados, cubiertos de barro de pies a cabeza.

Mientras entre el lodazal centenares de gentes agonizan, en pequeños muros o sobre los árboles, caminando o arrastrándose por el barro, los sobrevivientes esperan y cuentan su terrible experiencia.

La señora Viviana Chavarro, completamente desnuda, pero forrada en lodo, aprieta en su pecho a su hija Martha, de quince meses. Cuenta que estaba en la casa, durmiendo con sus dos hijas, en la cama doble matrimonial, cuando la avalancha entró por la puerta y en segundos inundó la casa.

Entonces, ella y las dos niñas salieron flotando en el colchón, como los naufragos en el mar. Trepadas en el colchón llegaron hasta tres cuadras más abajo, arrastradas por la corriente. El colchón flotaba como una balsa de río.

Allí, el colchón atrató en las escaleras del estadio, pues la inundación llegaba hasta las últimas gradas. Ella trató de salir del colchón para guarnecerse en el interior del estadio pero al descender de la balsa, en la oscuridad su hija Paula Xiomara de siete años, cayó a la corriente y fue arrastrada hacia abajo. Doña Viviana permaneció en las graderías toda la noche y toda la mañana hasta cuando fue rescatada por el helicóptero de EL TIEMPO.

EL ABUELITO Y LOS NIÑOS

Germán Acosta, su padre y sus cuatro hermanos, se encontraban durmiendo. Tres en el primer piso y dos en el segundo.

Los cinco, como la mayoría de las gentes de Armero, estaban durmiendo desnudos por el intenso calor de las noches del pueblo. No escucharon ni sintieron nada; simplemente se encontraron de pronto rodeados de barro, y se dieron cuenta cómo unas enormes piedras derribaban las puertas y tumbaban las paredes.

Los cinco se encontraron en el segundo piso. Pero mientras subían las escaleras, las aguas reventaron por una pared y el padre quedó aprisionado. Entonces Germán y sus cuatro hermanos sacaron al anciano de entre los escombros, de entre el lodazal. Con el herido se subieron al techo de la casa.

Era de noche y entre la oscuridad sentían el bramido de las aguas y el rugido de las rocas arrastradas y el estampido de los árboles al ser arrancados de cuajo.

Los cinco permanecieron en el techo de la casa, la cual se había apachurrado pero no había caído del todo. Allí permanecieron hasta que amaneció. Durante toda la madrugada, el padre se quejó, sollozaba y decía que le dolían los pulmones.

Por fin amaneció y entonces los cinco hermanos vieron lo que los rodeaba. Era un horizonte arrasado. Todo el pueblo había desaparecido. Todos los vecinos, todas las casas cercanas, habían sido arrastradas por las aguas.

Toda la mañana el padre estuvo quejándose, botado en el techo de la casa, rodeado por los cinco hijos. Hacia las diez de la mañana comenzó a vomitar sangre. Los hijos lo miraban y sollozaban.

Estaban desnudos, embarrados, aislados.

Entonces el padre le dijo a Germán y a sus demás hijos que se fueran, que él ya se iba a morir. Los hijos dialogaron. Concluyeron que era imposible sacar al agonizante por entre el lodazal. Entonces, lo besaron en la frente y se fueron por entre el barro, enterrados hasta más arriba de la cintura. En tres horas lograron recorrer las dos cuadras que los separaba de la terraza del hospital.

Desde allí, todos desnudos, vieron que su padre, allá en el techo resquebrajado de la casa, ya no se movía, porque estaba muerto.

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO,

UNA DESBANDADA APOCALIPTICA...

N. de la R. - Arnulfo Sánchez, corresponsal de EL TIEMPO en Ibagué, fue uno de los primeros periodistas en llegar al lugar de la tragedia. El siguiente es su relato telefónico desde la población de Lérída, a 10 kilómetros de Armero.

Por ARNULFO SANCHEZ.

Salimos a las 5:15 de la madrugada. Nos encontrábamos en Lérída, a 10 kilómetros de Armero, y nuestro propósito era llegar hasta el centro de Armero. Del grupo hacían parte el alcalde de Lérída, José Isaac Rodríguez Méndez, algunos socorristas y un periodista colega de Ibagué.

A los pocos kilómetros de la salida de Lérída, donde se instaló el cuartel de socorro, el lodo había invadido las fincas a lado y lado de la carretera.

Avanzamos hasta un lugar llamado la "Ye" , donde se bifurca la carretera que va a Armero, Líbano y Cambao, pero el río de barro nos amenazó. Venía con furia, doblando rastrojos.

Nos faltaban 500 metros para coronar nuestro objetivo. Todo estaba cubierto de una masa espesa, negra y con fuerte olor a petróleo. Bien al fondo se veía el Club Campestre protegido por muros de contención.

"Devuélvase", gritaba el alcalde. "Viene otro ataque". Hubo momentos de confusión. Nos dió miedo y regresamos a Lérida.

A las 8:30 de la mañana pudimos llegar a la "Ye".

Nos metimos hasta la boca del lobo. El lodo nos daba hasta la rodilla. Era como un monstruo. No se podía seguir. Teníamos al frente un fangal inmenso, cubierto por una capa densa, negra, tenebrosa.

Encontramos gente que se la tragaba el barro. Movían desesperadamente las manos pidiendo auxilio y se convulsionaban con desesperación. Impotentes mirábamos el espectáculo de muerte. La Cruz Roja y los socorristas que estaban cerca de nosotros parecían con ganas de llorar porque no podían hacer nada para ayudar a esos pobres infelices.

Por los cerros la gente bajaba como en romería buscando la carretera. Mujeres con niños en brazos. Muchos lloraban porque tuvieron que dejar a seres queridos sepultados por el barro. Mujeres embarazadas, decenas de personas angustiadas, fatigadas, en una desbandada apocalíptica.

Una mujer llegó al sitio, le contaron lo sucedido en Armero y exclamó: "ahhh, todos murieron...". Enseguida cayó al fangal y empezó a revolcarse presa de la desesperación. No supimos que pasó con ella.

Hacia el fondo se notaban punticas rojas de los tejados de las casas, copitos de árboles. Las edificaciones eran cubiertas por una capa supremamente gruesa, impresionante.

No vi la iglesia. No veía el pico. No se si fue derribada.
El fangal tenía una altura de varios metros.

Todo era desolación. No había señales de vida. Ni una esperanza...

Permanecimos allí varias horas. Llovía fuertemente y caía arena.

Pero no había a quién entrevistar. Quién nos da una declaración, nos preguntamos con el colega. "Nadie", me dijo. "Aquí solo hay muertos".

Regresamos al mediodía a Lérida. Atrás quedó el lodo, la desolación, la muerte...

La lluvia de agua y de arena no paraba...

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO,

LO QUE VIERON LOS FOTOGRAFOS

Pálidos, embarrados y con su mirada perdida, como queriendo olvidar las escenas vistas y captadas por sus lentes, regresaron los fotógrafos enviados por EL TIEMPO, a revelar su material.

"Nunca en mi vida había visto algo tan espantoso", comentó Alfonso Angel, y eso que me ha tocado cubrir verdaderas catástrofes como la ocurrida en "Quebradablanca", o accidentes aéreos o de tránsito, pero esto...

"Caminé durante seis horas en busca de transporte para regresar a Bogotá y las escenas macabras que encontraba a mi paso jamás se me olvidarán", relata Angel Vargas.

En los caminos o de entre la maleza salían personas que, desnudas y completamente cubiertas de lodo, caminaban como entes y me miraban mientras se desplazaban sin rumbo fijo. Uno de ellos, de aproximadamente 55 años, me dijo "por favor diga que la familia de Miguel E. Arturo está toda viva, gracias a mi Dios".

Una señora que quedó atrapada por un árbol, lloraba en silencio, mientras me pedía que la ayudara, pero fué tanto mi desconcierto que no sé qué me pasó y como un loco proseguí mi camino hasta que encontré a Felipe Caicedo, mi compañero, y nos abrazamos y lloramos sin poder comprender lo que ocurría.

Para Jorge Parga, la magnitud de la tragedia equivale a una maqueta a la cual le dejan caer una volquetada de barro y piedras. "No sé, esto jamás me había tocado vivir, es muy verraco para uno como fotógrafo, y sin poder hacer nada".

Cada uno vivía su propio drama en el cuarto de fotografía, mientras se paseaban por el laboratorio y se cogían la cabeza a medida que observaban las fotos tomadas desde el helicóptero enviado por este diario, que no pudo aterrizar sino encima de una terraza del Hospital de Armero.

Estos son algunos de los crudos relatos de los reporteros gráficos que llevan 15 y 30 años de estar cubriendo diversidad de tragedias, "pero esta, creo que nunca se borrará de mi mente", añadió Alfonso Angel.

TOMADO DEL DIARIO

LOS SOBREVIVIENTES DEL BARRO

POR GERMÁN HERNÁNDEZ.

GUAYABAL. - La operación comenzó bajo la luz de un par de velas. La mujer, todavía con las imágenes de pavor impresas en la mirada, crispó su mano derecha antes de aferrarse a la frazada. Entonces, el cirujano tomó el instrumental quirúrgico. Acosado por el tiempo y por las sobras temblorosas proyectadas por la llama débil y humeante, logró realizar una cirugía urgente y demorada, que sin embargo le salvó la vida al paciente.

Aquello sucedió en la primera noche de los sobrevivientes. Llegaron a Guayabal como si fueran estatuas momificadas de barro, heridas y desnudas, y lo hicieron a pie, en volquetas o en pequeños automóviles de la Defensa Civil. Los heridos graves lo hacían a bordo de los helicópteros, que tuvieron que realizar verdaderas e increíbles acrobacias para su rescate. Un aparato "Hughes", de matrícula HK-1934 W, debió por ejemplo mantenerse durante varios minutos en el aire - como un insecto salvador - para liberar de su naufragio a un pobre hombre abandonado en calzoncillos sobre las ruinas de Armero. Con una soga fue izado por encima de aquel espeso mar de lodo, para que pudiera alejarse de la zona en donde todo parece indicar que el miércoles pasado llegó el fin del mundo.

LOS QUE SE QUEDARON

A pesar de los descomunales esfuerzos que realizaron durante todo el día los socorristas, los descompuestos sobrevivientes pasaron su segunda noche en lo que quedó de Armero subidos en los árboles, a la intemperie, protegidos apenas por una humana y explicable tristeza colectiva. Allá en aquella isla de penuria rodeada de muerte y lodo, miles de hombres y mujeres con la piel escarchada de fango endurecido esperaban los primeros auxilios. Pero lo hacían como si aguardasen el Juicio Final, con los rostros abismados y los cuerpos ateridos, semejantes a un grupo de personas paradas frente a su propia sepultura.

Algunos, sin embargo, fueron poco a poco abandonando aquel océano de fantasmas. Esos son los afortunados.

Porque aún hoy, a casi 48 horas de la catástrofe, se escuchan las voces de los atrapados, de los prisioneros del lodo. La mayoría debía ser rescatadas después de tremendos esfuerzos, y pocos lo habían logrado. Ayer en la madrugada, por ejemplo, una niña sumergida hasta el cuello por un pantano de restos, escombros y despojos de lo que parece haber sido una trilladora, completó dos días sin poder salir a la superficie. Así la encontró una comisión de socorristas: con el cabello colmado por los minúsculos granos de café, pero con el agua y el miedo a punto de ahogarla para siempre.

VIDA Y MUERTE

Los que se fueron después de salvar trochas y colocar tablas para poder atravesar esos tremendales de horror, vinieron a Guayabal desconcertados, como recién llegados del infierno. Otros lo hicieron con la semilla de la esperanza esparcida por el cuerpo. La señora Hilda de Rodríguez tuvo que caminar más de hora y media con una niña en los hombros y otra en los brazos. Eran sus dos hijas. Legó al primer puesto de la Cruz Roja instalado en la zona de Armero, y, allí mismo, en medio de aquel inmenso lodazal, dió a luz una niña. Eso fue a las cinco de la mañana. Tres horas antes le habían comenzado los dolores del parto.

La de ayer fue, sin embargo, una jornada de vida y muerte. Don Jaime Pardo, un corpulento hombre de ojos azules, se hallaba casi a la misma hora del nacimiento de aquella hija de la tragedia cavando una estrecha sepultura. Acompañado apenas de su hijo Antonio, lanzaba maldiciones contra su propio destino. A su esposa, Ana Graciela Ortíz, y sus hijos Mauricio, Giovanni, Enrique y Wilson, se los arrebató el turbión nocturno y se los llevó a sus entrañas. Sólo se salvaron sus hijos Jaime y Antonio. "No alcancé a sacar ni una aguja -dice-. Todo lo perdí". Prosigue con sus acusaciones: "La culpa la tienen las autoridades y el cura párroco, que hasta último momento dijeron que no nos debíamos alarmar. Que el asunto era sólo de una lluvia de polvo". Esas palabras las pronunció jadeante: cavaba la tumba de su propio hijo. Después, en una triste y particular ceremonia, lo tomó en sus brazos. Los transportó encima de una manta, ayudado por su hijo

sobreviviente, y entre ambos lo enterraron. Luego, el afligido padre se paró frente a una cerca de alambre de púas, y lloró.

ción que tiene montado el Ejército. Pero estaba a media cuadra de la carrera central cuando se vino la avalancha de gentes, todos los que estaban frente al campo salieron corriendo arrastrando a su paso a quien encontraron.

Las explicaciones que se gritaban eran confusas: que se está incendiando la bomba, que el gas se está regando por el pueblo y sobre todo que viene otra avalancha, que dieron orden de desalojar el pueblo de inmediato.

Las carreras y la confusión eran totales. Las familias que estaban reunidas quedaban en segundos dispersas y por todos lados se oían gritos y llamados. Mientras tanto de todas las casas comenzaban a salir gentes que también hufan de algo que no sabían qué era.

Los primeros que salieron fueron los vehículos de las autoridades, las ambulancias, los carros de la Defensa Civil y de la Cruz Roja que se lanzaban por las calles en una loca carrera. Y los pocos que se quedaban en su sitio organizaban la salida apresurada, gritaban a las gentes que se dirigieran de inmediato a la carretera y que buscaran la forma de alejarse.

Por todas las calles corrían las gentes y uno podía ver que la mayoría de los habitantes salió dejando la puerta abierta.

Pero no sólo había gentes que corrían hacia la salida porque eran muchos los que volvían a buscar a sus niños, los que trataban de salvar lo que se les había quedado.

Cuando salí a la carretera pude ver que todo un pueblo estaba en huida, con la certidumbre de que la aguada estaba a punto de arrasarse también con Lérida. Los agentes de Policía y voluntarios confirmaban la información y trataban de medio organizar las gentes en desbandada.

La carretera estaba colmada de vehículos que pitaban desesperadamente y a los que se pegaba quien podía. Se recogían niños y se rellenaban las busetas que habían llegado para trasladar personal.

Caminé por lo menos medio kilómetro entre una muchedumbre atemorizada que no hacía sino gritar a quienes habían perdido. Al fin se detuvo a mi lado un camión que ya iba atiborrado de gentes y pude colgarme de la puerta.

La desesperación de quienes allí iban - por lo menos 80 personas - era impresionante. Todos gritaban por los hijos o los viejos que habían dejado y miraban la interminable fila de los que corrían por un lado de la vía tratando de encontrar a quienes buscaban.

El conducto aceleraba la marcha para no quedarse atrás de esa caravana enorme que huía y el pesado vehículo se bamboleaba peligrosamente de lado a lado.

En el primer alto al que llegamos, a unos diez kilómetros de Lérida, se detuvo. La mayoría de los ocupantes eran del municipio y ya se sentían a salvo y no querían marcharse más lejos.

Así que de nuevo quedé a un lado de la vía viendo pasar la interminable fila de vehículos que seguían su loca carrera para alejarse de la destrucción.

Y si hasta esta tarde eran miles de personas que estaban perdidas de sus familiares esta noche es el caos total porque a todo lo que ocurri6 en Armero hay que sumarle ahora las consecuencias de esa oleada de pánico que se vivi6 el L6rida.

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO,

LA VIDA POR UNOS CENTAVOS...

POR GERMÁN SANTAMARÍA
(ENVIADO ESPECIAL)

DESDE LO QUE FUE ARMERO: El hombre, que parecía un anciano, había permanecido tres días sepultado, aprisionado por la puerta de un camión y la pared del estadio de fútbol.

Hoy sábado, a las doce del día, por fin la brigada de voluntarios logra liberarlo. Lo sacan completamente convertido en un fardo de lodo. Apenas mueve los labios y sus ojos son dos cuajarones de sangre.

Colocan su cuerpo en la camilla, allí en la planicie donde antes existió el centro de Armero. Más allá de su cuerpo, que es como el de una momia, empieza aquella parte de la ciudad donde la avalancha pasó como una cuchilla de afeitar, de tal manera que apenas quedaron marcadas en el suelo las bases de las edificaciones.

Entonces el suelo está limpio, a tal punto que se podría barrer. Más allá queda el sector del estadio, donde la masa de avalancha contenida formó un lodazal de hasta siete metros de profundidad. El anciano gira la cabeza y parece mirar hacia el volcán. En ese momento de agonía, no sabe que se halla "bajo el volcán", como aquella novela de Malcom Lowry sobre México, donde los dos volcanes de ese ejercen sobre sus habitantes la magia de la muerte.

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO,

LA VIDA POR UNOS CENTAVOS...

POR GERMÁN SANTAMARÍA
(ENVIADO ESPECIAL)

DESDE LO QUE FUE ARMERO: El hombre, que parecía un anciano, había permanecido tres días sepultado, aprisionado por la puerta de un camión y la pared del estadio de fútbol.

Hoy sábado, a las doce del día, por fin la brigada de voluntarios logra liberarlo. Lo sacan completamente convertido en un fardo de lodo. Apenas mueve los labios y sus ojos son dos cuajarones de sangre.

Colocan su cuerpo en la camilla, allí en la planicie donde antes existió el centro de Armero. Más allá de su cuerpo, que es como el de una momia, empieza aquella parte de la ciudad donde la avalancha pasó como una cuchilla de afeitar, de tal manera que apenas quedaron marcadas en el suelo las bases de las edificaciones.

Entonces el suelo está limpio, a tal punto que se podría barrer. Más allá queda el sector del estadio, donde la masa de avalancha contenida formó un lodazal de hasta siete metros de profundidad. El anciano gira la cabeza y parece mirar hacia el volcán. En ese momento de agonía, no sabe que se halla "bajo el volcán", como aquella novela de Malcom Lowry sobre México, donde los dos volcanes de ese ejercen sobre sus habitantes la magia de la muerte.

El helicóptero traza un círculo sobre el cadáver del anciano y los rescatadores. Aterriza y levanta una polvareda, allí donde antes existió el corazón de la ciudad, los bancos, los comercios, los cafés bulliciosos, la iglesia.

Entonces los socorristas llevan al anciano hacia el helicóptero. Al intentar subirlo, un chorro de monedas cae del bolsillo de su pantalón, que es en realidad una tela enlodada pegada al cuerpo. El cronista de EL TIEMPO se queda mirando aquellas monedas, que son extrañamente pequeñas. Las recoge y comprueba con asombro que son más cien monedas, todas de a dos centavos y con fechas de emisión entre 1925 y 1938. No entiende por qué un hombre llevaba en su bolsillo este extraño botín. El cronista recogió todas las monedas con sobrecogido respeto y asombro y las guardó de recuerdo. Las va a regalar como símbolo de buena suerte. Ya le regalamos dos a Enrique Santos Calderón y Gloria Moanack, excelentes periodistas pero incrédulos. Y es que también en la muerte y la tragedia hay magia y cierta macabra poética...

TOMADO DEL DIARIO

ISIDRO LUCHO POR SU VIDA
Y AMADEO NO QUIERE SALIR

POR ORLANDO HENRÍQUEZ
(ENVIADO ESPECIAL)

ARMERO, Noviembre 17.- A escasas dos horas de que se diera la orden de concluir con la operación rescate del día, un grupo de socorristas extrajo de los enfangados escombros de Armero al labriego Isidro Bohórquez, que duró 80 horas atrapado.

Aprisionado de la cintura hacia abajo por el lodo, por las ruinas de lo que fue su hogar, y también, irónicamente, por una estantería en que guardó durante muchos años los trofeos deportivos conquistados por su hijo Jimmy Galeano -un ciclista renombrado en la región - el viejo agricultor soportó con resignación y valor su tremendo drama.

Mientras el personal paramédico empeñaba todos sus esfuerzos y experiencia en salvar la vida de Isidro, a escasos cien metros de allí y en una de las pocas viviendas que quedó en pie como testigo mudo de un hecho apocalíptico, el anciano Amadeo Orjuela, de 60 años de edad, tercamente se negaba a abandonar su vivienda, un humilde rancho construido con maderos y latas.

"No tengo para dónde irme", dijo a este redactor con sus ojos empañados de lágrimas y en un tono que revelaba toda su angus-

tia y desesperanza. Luego dijo: "El día del bombazo, una señora con la que vivía se marchó y no sé en dónde se encuentre".

El humilde sexagenario ha logrado sobrevivir estos últimos cuatro días de tragedia con los escasos alimentos que le proporcionan los socorristas que frecuentemente pasan por el rancho.

MOMENTOS DE ANGUSTIA

En tanto que Amadeo se niega a abandonar lo que ha sido hasta ahora su hogar, un miembro de la Cruz Roja se acerca afanosamente al sitio donde se trabaja en el rescate de Isidro y comenta: "Apúrenle porque le van a prender candela a ésto... las labores de rescate están por terminar".

En medio del fango y del olor nauseabundo, el médico Alberto Trespacios, del Hospital Agua de Dios, luego de 24 horas de continuo trabajo encaminado a sacar con vida al labriego, hacia las 10 de la mañana le aplicó a éste suero y una vacuna para evitar la deshidratación y le dio de beber unos cuantos sorbos de agua.

Aunque el rostro lo tenía cubierto con una sábana blanca para protegerlo de una posible insolación, con el brazo izquierdo desbaratado y fracturado y fracturadas la pelvis y la columna, Isidro se quejaba de dolor cada vez que los socorristas intentaban quitarle de encima los escombros que lo tenían atrapado.

Luego de tres horas de infatigable labor de rescate, el agricultor expresó en un desfallecido tono de voz: "Tranquilos, trabajen

que me siento bien", y desgastando sus últimas fuerzas preguntó ¿ qué horas son? ".

DESCUBIERTO POR UN CERDO

El último sobreviviente de la arrasada ciudad de Armero fue localizado el viernes pasado por un grupo perteneciente al Cuerpo de Bomberos de Bogotá y montañistas de la Universidad Pedagógica Nacional, gracias a que un cerdo que escarbaba frente a unas tejas metálicas lo puso al descubierto.

Según lo indicó uno de los miembros del combinado cuerpo de rescate, él alcanzó a escuchar debajo de las tejas que alguien lanzaba voces de auxilio.

Ante tales evidencias de muestras de vida, los socorristas se dieron a la infatigable tarea que aún continuaba latente en las horas de la tarde.

Isidro se encontraba atrapado al lado de los despojos mortales de los familiares que lo acompañaban en el momento de la catástrofe: dos hijas y una sobrina.

Mientras Isidro, después de arduas labores, era rescatado de entre las ruinas de su casa, anoche no se tenía un conocimiento preciso sobre la suerte final de Amadeo, aunque los pocos helicópteros que llegaron a Mariquita y Guayabal con auxilios desde Bogotá sobrevolaban constantemente el sitio del rescate.

En el barrio Santander de la desaparecida población de Armero, los paramédicos habían logrado rescatar en las últimas 48 horas un anciano y tres menores, quienes se encuentran internados y fuera de peligro en el hospital de Ibagué.

TOMADO DEL DIARIO EL ESPECTADOR, VIERNES, 15 DE NOVIEMBRE DE 1985, PÁG. 15A.

"¡ERA UN HONGO ENCEGUECEDOR...!"

POR GERMÁN HERNÁNDEZ.

A las 10 de la noche del miércoles pasado, el avión de carga DC-8 de la LAC - Líneas Aéreas del Caribe - sobrevolaba justamente el nevado del Ruz. Venía procedente de la ciudad de Miami, en un vuelo regular, y se aprestaba a aterrizar en Bogotá. Unos minutos antes, a 26.000 pies de altura, el ingeniero de vuelo David Alvarez abrió la portezuela que separa la cabina de mando con el resto de la nave, y le preguntó a los cuatro adormilados pasajeros si por casualidad alguno estaba fumando. Todo el aire del avión se había enrarecido con un vaho sulfuroso, indescifrable y tan sumamente extraño, que motivó al aviador incluso a encender las luces interiores del aparato. Pero nadie fumaba: en la cabina, envuelta en cenizas y en una densa nube negra de azufre, sólo se podían ver los rostros atónitos de los cuatro pasajeros, que presenciaron - junto con el piloto, el primer oficial y el ingeniero de vuelo - aquella luz anaranjada, aquel hongo enceguecedor que se reventó contra la nariz del avión, y que provenía de la boca de un volcán situado a casi 26.000 pies más abajo.

Eran las 10:12 en punto de la noche - recuerda hoy el ingeniero de vuelo -, porque en ese momento increíble miré mi reloj". Sin embargo, ni él, ni el piloto de la nave, capitán Manuel Cervera, ni

mucho menos los demás ocupantes sabían que se trataba de la erupción del cráter "Arenas" del nevado del Ruiz. "Sólo sé que en ese momento perdí la visibilidad", explica el capitán Cervera. Y luego agrega: "Le estábamos sacando el cuerpo a un cúmulo de nimbus, cuando sentimos la explosión roja. En seguida todo se nubló: es como si le hubieran pasado un esmeril a los vidrios quedamos completamente ciegos".

"¿USTEDES ME VEN?"

Entonces, la cabina se llenó de cenizas. Desconcertada, y encerrada en medio de aquel infierno azufrado, la tripulación escuchó por la radio del avión que otros dos aviones más -uno de "Aerosucre" y otro de "Tampa"- se habían declarado en emergencia por tener "humo en la cabina". Los aviadores sentían los uniformes pesados. "Como llenos de tierra", dice el ingeniero Alvarez.

"Hay que virar hacia Bogotá - dijo en ese instante el capitán Cervera. Después ordenó -:¡Repartan las máscaras de oxígeno!"

Sin perder la calma, se comunicó con la torre de control del aeropuerto Eldorado. El mensaje fue contestado con rapidez y aunque escuchaba la voz del operador, no lograba localizarla. "¡No vemos nada!", le decía a través del micrófono. "¡Ustedes me ven!", preguntó.

La voz de la torre de Eldorado, algo extranada, respondió afirmativamente. Trató de dirigir al piloto, entonces, hacia la pista. Pero fue inútil. Los vidrios del aparato seguían nublados, raya-

dos por miles de uñas invisibles. "Nos decían que teníamos 8.000 metros de visibilidad - recuerda el capitán-, pero, aunque llegamos a estar a casi 1.000 pies de la tierra, no veíamos nada".

A CALI, PRONTO

El DC-8 intentó dos peligrosas maniobras de aterrizaje. Ninguna funcionó. El capitán Cervera decidió entonces dirigirse hasta la ciudad de Cali. "Allí suele haber menos nubosidad", aclara.

Antes de acercarse al aeropuerto de Palmaseca, el ingeniero de vuelo Alvarez comenzó a mover una de las puertas exteriores del aparato. "Tenía que aflojarlas, para despresurizar un poco el avión", señala. Los pasajeros viajaban en silencio. No había pánico. De repente, las luces de alarma de la gasolina se encendieron: había muy poco combustible. Si el aterrizaje no era en Cali, no lo sería jamás en ninguna parte.

"La torre de Palmaseca nos informó de 10.000 metros de visibilidad. Pero yo no veía ni siquiera las luces de "Cali", dice el capitán Cervera. El aparato continuaba increíblemente rodeado de nubes, separado del exterior por esa densa e incógnita capa borrosa. El capitán tomó un líquido repelente especial y lo aplicó en las ventanas, en un ingenuo intento no sólo de desempañar el cristal, sino de observar alguna luz, alguna casa, cualquier cosa. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los vidrios, por fuera, habían sido rayados como con un esmeril por la fuerza de la naturaleza.

"¡ESTÁ MUY BAJO!"

Entre tanto, el ingeniero de vuelo seguía aflojando la puerta exterior, con el ánimo de que la presión interna se disipara a través de las rendijas. Pero llegó a hacerlo con tanta devoción, que en un momento la puerta se le abrió y la chompa de un pasajero atravesó como una flecha el pequeño recinto, volando por los aires, y se esfumó en la penumbra de la noche. "Pasó como un torpedo delante de mí", recuerda el ingeniero Alvarez.

El capitán ya había decidido aterrizar, a como diera lugar. La provisión de gasolina se hallaba en el punto mínimo. Lo atestiguaba una lucecilla roja. La torre del aeropuerto Palmaseca comenzó entonces a dirigir la orientación de la nave. El carguero descendió. "Está muy bajo", lo corrigió la torre. Entonces, al capitán se le ocurrió abrir las ventanas del avión, y sacar literalmente cabeza. Con los ojos medio cerrados por la corriente del aire, contempló, por fin, la anhelada pista.

FIN DE LA ODISEA

El avión cayó sobre el lado izquierdo. El capitán tuvo que maniobrar difícilmente, con la cabeza afuera y las manos en el timón, para centrar el aparato, que es el mismo que hace unos meses quedó atravesado en la pista del viejo aeropuerto de Medellín. Por eso estaba recién pintado y recién reparado.

Atónitos, sin saber muy bien qué diablos había pasado, los pasajeros y la tripulación se detuvieron finalmente en la mitad de un

cercos de bomberos, policías de seguridad y ayudantes del aeropuerto. La odisea había terminado.

El DC-8 aterizó con dos llantas literalmente destruidas por el intenso calor, con el domo inferior completamente agujereado por la lluvia de proyectiles incandescentes, y con los bordes de las turbinas literalmente doblados por la furia del volcán nevado del Ruiz. Tenía también las ventanas esmeriladas y la pintura totalmente estropeada. Había pagado el precio de haber pasado por encima del monstruo.

TOMADO DEL DIARIO EL TIEMPO, SÁBADO 16 DE NOVIEMBRE DE 1985.

ARMERO: EL MUNDO DE LOS MUERTOS

POR FRANCISCO SANTOS C.

Regresé del mundo de los muertos, escribió un día el célebre columnista Calibán y hoy me toca decir lo mismo. En Armero, o lo que quedó del pueblo, hasta los sobrevivientes parecen cadáveres que caminan.

Con los ojos rojos por el lodo, la cara morada por los hematomas, negros por el fango seco que se pegaba al cuerpo como una goma de mascar, aquellos que eran evacuados de los helicópteros parecían zombies sacados de una película de terror. Pero al dolor físico había que agregarle el drama psicológico. Muchos de los heridos solo preguntaban por sus parientes o lloraban desconsoladamente, no por su suerte sino por la pérdida humana que era factor común de todos aquellos que lograron salvarse del alud que sepultó a lo que alguna vez fue una floreciente ciudad.

Metro tras metro hombres, mujeres y niños llorosos preguntaban desesperados por sus familiares. Hasta el macho más duro se habría conmovido con la caravana de habitantes de este pueblo, que con lo que les quedaba en este mundo al hombro, ropa, una silla o una gallina, partían hacia Guayabal llorando y dejando atrás todo lo que había sido hasta ahora su mundo, su vida.

La penosa labor de rescate era lenta y un poco desorganizada. Una motobomba que se había pedido por más de tres horas para rescatar a una niña, que atrapada por el cadáver de su tía ya tenía el agua al cuello y no se le pronosticaban muchas horas de vida, no había llegado. Sin embargo, una bandera de Colombia ondeaba en el cerro más alto al costado oriental de lo que era una ciudad y hoy es un pantano, y era una magra muestra de soberanía ya que la mayoría de gente encargada del rescate eran voluntarios de la Defensa Civil, de la Cruz Roja o de organismos privados que habían prestado su trabajo y sus máquinas para hacer frente a esta tragedia.

Eran pocos los estamentos gubernamentales que se habían hecho presentes. Inclusive existía una gran rabia con el presidente Betancur que había estado en la zona ayer en la madrugada, pero hasta ahora no había producido resultados. "Ayer vino el Belisario ese y nos prometió ayuda pero no ha llegado nada. Ni agua ni alimentos". Otra mujer agregó: "Vino Belisario y nos dijo unas vainas sobre paz y serenidad pero para eso mejor que ni venga". Y también había ira hacia los políticos liberales. Uno de los sobrevivientes me dijo que la política había causado esta catástrofe ya que la solución al represamiento del río Lagunilla se había convertido en una pelea política entre dos barones de ese departamento: Jaramillo y Santofimio.

Las explicaciones, las justificaciones y la ira son comprensibles ante la magnitud de la tragedia. Cuando conocí a Armero era una ciudad intermedia llena de vida, de fuerza, de alegría; hoy es una playa de lodo donde solo quedan el barrio Los Mangos, el cementerio.

El sentimiento de angustia, dolor e incredulidad que sentía al ver este macabro escenario fue sintetizado por uno de los sobrevivientes, cuando juntos viendo desde una colina lo que antes era Armero, me dijo en tono lacónico, "era un lindo pueblito, ¿no?".

El mar de lodo con 15 mil o más personas sepultadas y con la vida de muchas más otras destrozadas, era muestra patética de nuestra impotencia ante la naturaleza. Parecía increíble que kilómetros de tierra fértil, de seres humanos llenos de vida, de animales, de casas y de infraestructura, obra creadora del hombre a lo largo de años y años de duro trabajo, fueran "borrados" del mapa en segundos por una fuerza incontrolable. Este sentimiento de pequeñez aumentaba a cada minuto y la pesadumbre que sentía, menos por los muertos que por los heridos, se incrementaba paralelamente.

No creo que Dante hubiera podido describir las escenas que vi. En el barrio Carolina o lo que era un barrio, tres cadáveres abrazados, el de una mujer con sus dos hijos, atrapados por los escombros estaban suspendidos en el agua putrefacta. Detrás de esta escena el cementerio intacto, irónicamente se había convertido en un homenaje a la vida ya que era lo único que había sobrevivido al alud de rocas, cenizas, agua y lodo. El socorrista que me acompañaba me dijo que a la izquierda toda una familia había quedado sepultada. Lo único que delataba la presencia de sus cadáveres era el agua sangre que había teñido el fango de rojo. Sentí náuseas y me tuve que alejar casi que corriendo de allí.

Al ir caminando hacia el sitio donde los helicópteros llevaban a los heridos una de estas "abejas" con motor había rescatado a una señora y la llevaba colgando, creo que con vida, hacia la zona de evacuación. Abrí los ojos con admiración ante esta acrobática labor, pero segundos después, ante los ojos horrorizados de todos los que estábamos caminando hacia la carpa de la Cruz Roja, la cuerda se rompió y el herido cayó más de treinta metros para perderse de nuevo en el fango. En ese momento, desesperanzado, decidí partir de la zona. La tristeza que todos sentíamos era profunda. Pero uno de los socorristas, como para disminuir la tensión que se podía cortar con un cuchillo, contó que una mujer en medio de la muerte había dado a luz. Este brillo de esperanza se esfumó rápidamente ante la abrumadora tragedia que todos tratábamos de explicar, pero que ante la limitación racional de la mente aún no podíamos comprender.

Y el futuro qué? Un par de niños jugando en la colina donde hacía 10 minutos yo había estado, riendo casi que desprevenidos del desastre que tenía ante sus ojos, son el futuro. Esa risa inocente verdaderamente me alegró y por primera vez cruzó mi mente la esperanza de que en el futuro esa ciudad puede volver a ser la de antes. Ojalá no me equivoque.

TERCERA PARTE:

EMPEZANDO EL BALANCE

Serían muchos los aspectos a incluir en esta recopilación; nos hemos abstenido por limitaciones obvias de espacio. Dejamos constancia de la primera prioridad en esos días: qué hacer con los huérfanos. Inicialmente, la disgregación de todas las familias ocupó muchas páginas de diarios, se publicaron fotos de innumerables personas buscadas o de quienes decían que " las habían visto en tal o cual lugar ". Algunas de ellas pudieron reubicarse con sus allegados; la mayoría no porque las familias desaparecieron. Meses después, todavía muchos familiares de los desaparecidos recorren frenéticamente las poblaciones de la región preguntando por los suyos: no se resignan a apagar las llamas de la esperanza.

Para terminar, le dejamos la palabra a la "Libreta de Apuntes " del hoy desaparecido y emérito director del diario El Espectador Guillermo Cano.

TOMADO DEL DIARIO EL ESPECTADOR,

LA TRAGEDIA DE ARMERO

POR PATRICIA FAJARDO MARÍN

La orfandad de muchos niños colombianos será uno de los más tristes resultados de esta nueva tragedia que enluta al país.

Noviembre se ha empeinado por ser un mes aciago. No acabamos de salir del estupor que nos produce la toma del Palacio de Justicia, ni del accidente del bus que llevaba una excursión escolar en Antioquia, cuando nuevamente nos vemos sorprendidos por otra calamidad.

En medio de todos estos sinsabores, es preciso elogiar la labor cumplida hasta el momento por todas las instituciones y organismos gubernamentales y privados, que no han escatimado esfuerzos para ayudar a salir lo mejor posible a los sobrevivientes de Armero en este episodio tan amargo. La Cruz Roja, la Defensa Civil, el Ejército Nacional, los grupos de socorrismo y voluntarios, los médicos, enfermeras, entre otros, merecen un reconocimiento especial, pero antes que nada es necesario felicitar a todos los colombianos porque han sabido dar una generosa y solidaria respuesta al dolor de los habitantes de esa patria chica que es Tolima.

Aunque los momentos actuales son difíciles, fruto del caos propio de esta situación, se perfilan otros, todavía más angustiosos, en el éxodo que desde el mismo jueves 14 de noviembre emprendieron las personas en busca de sus parientes.

En el transcurso de estos días muchas personas se han dirigido incansablemente a los institutos y hospitales con el fin de que les den información sobre algún familiar. No lo sé... tal vez esté aquí... entre y mire... son algunas de las expresiones que muchos habrán escuchado, y aún sumidos en el desconcierto tendrán que continuar su búsqueda peregrina en otro lugar: Lérida, Mariquita, Líbano, Honda, Espinal, Bogotá o sabe Dios dónde.

Esta situación es más alarmante cuando se trata de los niños.

Muchos de ellos difícilmente habrán conocido otro rincón del país diferente al de Armero. Solos e indefensos, quedan a merced de la compasión y caridad de los orfanatos, o de la suerte de ser recuperados por un familiar lejano o, en última instancia, de ser adoptados definitivamente por un hogar en donde se les tratará de brindar lo que el miércoles anterior perdieron.

El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ha anunciado que divulgará, a través de la prensa, la radio y la televisión, los nombres de los pequeños que se encuentren en sus albergues, hasta que alguna persona los reconozca y reclame. Sólo después de haber agotado todas las esperanzas de alcanzar este objetivo, se procederá a entregar los niños en adopción. Esta última medida ha sido aco-

gida por muchas personas del país y del exterior que se han inscrito en el Instituto con el ánimo de querer brindar un nuevo hogar a uno de estos pequeños desamparados.

Aún es imposible prever cuántos serán los huérfanos de la catástrofe, y dar un dato, siquiera aproximado, es caer en la especulación. Lo cierto es que si seguimos unidos y con una voluntad firme de colaboración, este tiempo de angustia puede ser aliviado y superado, hasta cierto punto, de una forma positiva.